

« SOCIEDAD Y CULTURA »

El Director del Instituto Caro y Cuervo, Dr. Ignacio Chaves Cuevas, invitó a la presentación del nuevo volumen de *La Granada Entrecabierta* — una de las series de publicaciones del Caro y Cuervo — titulado *Sociedad y cultura*, escrito por el Dr. Jorge Eliécer Ruiz, jurista y literato eminente.

El Dr. Ruiz estudió Derecho en la Universidad Javeriana de Bogotá y Ciencias Políticas en la Universidad de Madrid, España. Perteneció al Grupo de *Mito*, junto con Gaitán Durán, Cote Lamus, Cornelio Reyes, Valencia Goelkel y Ramón Mantilla. Ha escrito *Mito y eco* (poemas), *Ensayistas colombianos del siglo XX* y *La política cultural de Colombia*.

El acto de entrega del nuevo libro del Dr. Jorge Eliécer Ruiz tuvo lugar en la Casa de Cuervo el día 28 de mayo de 1987. Allí el Dr. Chaves, al presentar el libro, hizo unas breves consideraciones sobre la importancia que ha tenido el género del ensayo en Colombia y en América y destacó el hecho de que “personalidades como la de Jorge Eliécer Ruiz retomen la noble tradición de la literatura de ideas para renovarla y vigorizarla”.

Don Jorge Eliécer Ruiz elogió la obra del Instituto Caro y Cuervo y manifestó su complacencia por la edición de sus escritos, en los que trata temas como la lucha por la expresión, la situación del escritor en Colombia, la universidad, y el papel del Estado en la promoción de la cultura.

EN MEMORIA DE RAFAEL TORRES QUINTERO

HOMENAJE DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

Y LA UNIVERSIDAD DE LA SABANA

El martes 29 de septiembre de 1987, en la sede L de la Universidad de la Sabana, fue realizado un acto académico en homenaje a la memoria del Dr. Rafael Torres Quintero, quien fue director del Instituto Caro y Cuervo.

El Dr. Octavio Arizmendi Posada, Rector de la Universidad de la Sabana, ofreció el acto con una feliz improvisación en la que destacó la importancia de la lengua española en el mundo y exaltó la personalidad del Dr. Torres Quintero como escritor, como maestro y

como amigo. Dijo que al rendir este homenaje a uno de sus fundadores, se asociaba a la celebración de los cuarenta y cinco años del Instituto Caro y Cuervo. Próximamente, continuó el Dr. Arizmendi Posada, la Universidad de la Sabana pondrá en funcionamiento su sede del Puente del Común, en las cercanías de la Hacienda de Yerbabuena, donde tiene su asiento el Instituto Caro y Cuervo.

A continuación el Coro Infantil de Colcultura, dirigido por la señora María Teresa Guillén de Gómez, interpretó varias canciones de su repertorio musical.

Tres disertaciones, en que se expusieron tres facetas de la personalidad del Dr. Rafael Torres Quintero, fueron el centro de la reunión.

El aspecto de gramático del Dr. Torres fue tratado por el Jefe del Departamento de Dialectología del Instituto, don José Joaquín Montes Giraldo, en su exposición sobre *Rafael Torres Quintero y la gramática del español*.

El Dr. Jaime Bernal Leongómez, Decano del Seminario Andrés Bello del Instituto Caro y Cuervo, en su discurso fue mostrando, en interesantes consideraciones, a *Rafael Torres: cultor del idioma*.

Finalmente, el Dr. Ignacio Chaves Cuevas, quien sucedió al Dr. Torres en la Dirección del Instituto Caro y Cuervo, expuso con cálidas y evocadoras palabras *La semblanza de un maestro*. Estas fueron sus palabras:

Parece ser que la dimensión histórica de los hombres no se alcanza sino con la muerte. Sin embargo, me atrevería a pensar que no es este el caso de la personalidad singular e insólita de Rafael Torres Quintero. Su muerte no hizo sino afinar la visión y el conocimiento que ya teníamos de su ser y acendrar matices del carácter de alguien que no hizo nada diferente a construir patria y afianzar el destino de Colombia, sustentándolo en los que pensaba eran los elementos más meritorios y específicos de la nacionalidad. Quizás el mayor aporte de su ausencia fuera el de hacernos sentir su pletórica calidad, su plena condición de hombre con defectos, con pasiones, con inclinaciones diferenciadoras, con un personal sentido de la vida. La totalidad de ella dedicada con indecible amor al Instituto Caro y Cuervo, desde donde se proyectó como uno de los continuadores del camino trazado con intuitiva sabiduría por Ezequiel Uricoechea, Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez, el padre Félix Restrepo. Pero, por sobre todo, desde donde se proyectó como maestro, como doctrinador de juventudes.

Fue, don Rafael, no sólo uno de los fundadores del Instituto, sino, además, un laborioso trabajador discreto, en el que la sencillez, el tino, el sentido común y la persistencia, el sentido común y la constancia, estaban puestos al servicio desinteresado de la ciencia y de la investigación, de la educación y de la cultura.

Evocar esta noche aquí a un hombre de su magnitud es converger sobre un ser excepcional y ejemplar, por cotidiano y normal. Es de ese hombre del que queremos hablar, del ciclo vital que le correspondió desarrollar, del camino recorrido, de la acción desempeñada en su trasegar existencial. Quienes tuvimos el

privilegio de compartir con él, de asumirlo como compañero y consejero, sabemos de su pertinaz magisterio, de su indeclinable amor por la patria.

Debemos citar, con entrañable cariño, su inmarcesible voluntad de maestro. Fue un pedagogo de inconfundibles características que profesó el magisterio ejerciéndolo con sentido crítico y con espíritu abierto y renovador. De su labor en este campo hablan los conocimientos, el afecto y la simpatía de sus alumnos. La sencilla claridad con la que abordaba cualquier tema hacía de él un superior expositor, de lúcidas y diáfanas ideas y concepciones, en cuya explicación primaba el ánimo didáctico y la intención pedagógica. Su manera de enfrentar la labor docente, y para él la vida era esencialmente docencia, hacía que los temas, por áridos que fueran, se tornasen gratos y atrayentes. El enseñar era un acto de amor, una manera de compartir sus conocimientos, pero — a la vez — una forma de auto-enriquecimiento, de autoconstrucción. Todo ello fundamentado en el admirable y envidiable don de la sencillez y en un empleo particular de la benevolencia. Actividad magistral que se nutría también de una subyacente, velada y socarrona presencia de la ironía y de una sempiterna capacidad de duda. Su magisterio bien pudiera pensarse desprendido de un diálogo platónico, de una vivificante conversación socrática. Quizás esta sea la llave de su secreta eficacia pedagógica. La más nimia actividad cotidiana se tornaba, sin que su interlocutor lo advirtiera, en un acto de conocimiento, en una indagación sobre el sentido y la finalidad de la ciencia, sobre la relación hombre-mundo, sobre la presencia de la divinidad, para llegar inevitablemente al centro de sus preocupaciones intelectuales: el análisis de la lengua, de sus niveles de expresión, de sus manifestaciones más efímeras o permanentes.

El método a seguir siempre fue el mismo: partir de una verdad aparente para llegar, poco a poco, y con la ayuda de los más aguzados y modernos instrumentos críticos, filológicos y lingüísticos, a formular una teoría o a demostrarla, sin hacer sentir su condición de maestro y, a la vez — enseñando sin enseñar, enseñando con la práctica —, entregaba una manera o modo de enfrentar los hechos y fenómenos culturales, una metodología del trabajo científico. El auditorio no advertía o parecería no advertir la labor de zapa y de instrumentalización que desarrollaba, pero al concluir sus cursos la verdad evidente era la de que se había enriquecido en conocimientos y se había adquirido una "manera" de trabajar. Se había, pues, capacitado para avanzar un peldaño en el apurado transcurrir del conocimiento.

La distancia que normalmente media entre la actividad propiamente pedagógica y la vida cotidiana se tornaba insignificante por la actitud empleada para polemizar o para discutir o simplemente para conversar; todo ello no era más que una manera de lección en la que enseñaba y aprendía. Navegando por entre metáforas, tropos, bromas e ironías, lograba conducirnos a la playa de la preocupación por la verdad. Sabía de antemano que la búsqueda era inagotable, pero el sino de cada uno de sus días estaba inexorablemente marcado por la presencia agobiante de esa búsqueda. Las largas y fecundas noches compañeras fueron marco apropiado para sus divagaciones y sus reflexiones sobre el tiempo, la cultura, la historia, la sumisa condición del hombre. Todo ello sin el menor aspaviento, sin el menor esfuerzo retórico, sin la vanidad y la superficialidad de los pedantes y figurones a quienes colocaba en su adecuado lugar, sin desprecio pero sin amistad.

Su firme empeño en la constitución y en la supervivencia del Seminario Andrés Bello, sección docente del Instituto Caro y Cuervo, que el año próximo cumplirá 30 años de vida y que tantos frutos ha dado a la docencia en lingüística y literatura en Colombia y en el mundo entero, es quizás su más plena realización como maestro.

En la elaboración de la parte hecha por el Instituto del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, que don Rufino José Cuervo dejara inconcluso, jugó el Dr. Torres Quintero papel de suma importancia. Afortunada coincidencia y señal inquietante por paradigmática, es la de que su último trabajo para este empeño haya sido la monografía de la palabra *fabricar*. Se cumplió así con pasmosa exactitud, su trayectoria de hombre dedicado a la cultura, el constructor y fabricante de patria en la mejor y más considerable de sus magnitudes. Entre el grupo de personas vinculadas al *Diccionario* obtuvo el segundo de sus grandes logros como Maestro, el de formar unos alumnos y constituir un valioso equipo de alta categoría científica.

Al hablar del Instituto Caro y Cuervo, necesariamente tiene que hacerse referencia a hombres y hechos excepcionales en el discurrir histórico de Colombia. Hace apenas unas pocas semanas celebramos los 45 años de creación de esta institución y hacíamos memoria de tantos seres que de alguna manera han contribuido a construir esta parcela de lealtad a lo mejor de la estirpe, a sus más entrañables y recónditas tradiciones humanísticas, a su más fervoroso deseo de progreso, a su más consecuente principio de honestidad intelectual, y debemos recordar, con estimulante tristeza, a don Rafael Torres Quintero, el investigador de señalada bondad, el maestro de vasta y significativa generosidad.

Al lado de este hombre crecieron y se formaron por lo menos dos generaciones de investigadores y científicos quienes con las luces del P. Félix Restrepo, de don Pedro Urbano González de la Calle, de don José Manuel Rivas Sacconi, de don Luis Flórez entre otros, construyeron el sendero de un luminoso porvenir en los campos de la filología, la lingüística, la crítica literaria y la historia cultural colombiana.

Ver la obra realizada por el doctor Torres Quintero es precisar y detallar la riqueza del investigador, del intelectual, del maestro. Ennoblecido todo por el respeto a las ideas ajenas, por el ser del otro, del contradictor o del amigo. Su enseñanza fecunda campea por colegios y universidades, por centros de investigación y academias, en lejanos países mágicos o en pequeños caseríos de esta su América altiva. Su ejemplo nos acompaña esta tarde sabanera en tiempos en los que la Nación parece agonizar subyugada por la ignominia y el dolor.

No puedo concluir estas torpes palabras sin manifestar en nombre del Instituto Caro y Cuervo y de la familia del Dr. Torres Quintero mis más sinceros y afectuosos agradecimientos a la Universidad de La Sabana y a su Rector magnífico, Dr. Octavio Arizmendi Posada, por este acto de filialidad académica y cultural que une aún más estrechamente nuestras dos instituciones.

Este acto académico — de lenguaje, de pensamiento y de amistad — unió en torno de la venerable memoria del Dr. Rafael Torres Quintero a la Universidad de la Sabana y al Instituto Caro y Cuervo, como lo hace el Puente del Común con las dos márgenes sabaneras del río Bogotá, en las cuales se levantan las sedes de una y otra institución.